

La lepra en Europa medieval

El nacimiento de un mito

Enrique
Soto Pérez de Celis

Imaginen un camino que atraviesa un denso bosque de pinos. Cerca se ve el silencioso cauce de un riachuelo que baja de las montañas. No hay ningún sonido más que el de las pisadas sobre las hojas y las ramas que han caído de los árboles y que tapizan el camino. De pronto, no lejos de ustedes, el sonar de una campana y de unas castañuelas rompe la tranquilidad de la tarde. Sin pensarlo dos veces, corren a esconderse entre los pinos, mientras la persona de la capa gris pasa caminando con un andar cansado y dubitativo. No pueden ver su cara, pero saben que está desfigurada, espantosa y sucia, y que acercarse podría acarrearles el mismo castigo. Es un leproso.

Puede que la lepra sea una de las enfermedades más antiguas e interesantes de nuestro planeta. Su origen antecede el registro histórico escrito y los testimonios que sobre ella perduran hoy en día son vastísimos. Desde Galeno hasta Jack London,¹ pasando por la Biblia, ha sido inspiración para leyendas, cuentos, miedos y embustes. Sin embargo, es quizás en la Europa Medieval donde la lepra cobra su mayor importancia histórica y médica.

Al contrario de la creencia popular, la Edad Media no fue una época insalubre y plagada de enfermedades. De hecho, las enfermedades que habían causado grandes epidemias en el pasado, entre ellas la peste bubónica (la plaga de Justiniano) y el sarampión, habían desaparecido por completo luego de la caída del Imperio Romano, al desintegrarse los grandes núcleos urbanos y por lo tanto la posibilidad de contagios masivos.² El que la lepra, un padecimiento de larga evolución, haya sido la enfermedad más importante de la Edad Media, indica que las condiciones de salud en Europa habían mejorado.

Hoy sabemos que la lepra es una enfermedad crónica causada por el bacilo *Mycobacterium leprae*, descubierto por Gerhard Armauer Hansen a finales del siglo XIX.³ La lepra es una enfermedad poco contagiosa (el 95% de la población mundial es inmune a la infección) cuyos síntomas tardan muchos años en manifestarse.⁴ Cuando se presentan, sin embargo, son muy aparatosos y destructivos para los pacientes. Entre ellos se cuentan la formación de nódulos, la fascies leonina, la pérdida de sensibilidad de las extremidades, las deformidades articulares (mano del predicador) e incluso la ceguera y la parálisis facial.⁴ Su baja infectividad y la prolongada latencia de aparición de los síntomas, aunadas a las creencias religiosas y mágicas dominantes en la sociedad medieval, explican el que los leprosos fueran apartados de la colectividad y que su enfermedad haya sido considerada como algo sucio e impuro: un castigo de Dios.

LOS ORÍGENES DE LA LEPPA

No se conoce con exactitud el origen histórico de la lepra debido a la falta de conocimientos para diagnosticar y registrar las enfermedades en la antigüedad, y a los pocos datos

© Patricia Lagarde, de la serie *Herbolaria*.



que esta enfermedad deja en momias y esqueletos. Los casos comprobables más antiguos de lepra se encontraron en momias egipcias que datan del siglo II a.C., hace unos 2,200 años.² Esto, sin embargo, no tiene mucha utilidad debido a que hay numerosas descripciones previas de cuadros clínicos que podrían ser causados por la lepra.

Aun cuando los registros de casos parecidos a lepra más antiguos se encuentran en el papiro de Berlín,⁵ que data de tiempos de Ramsés II, algunos autores insisten en que la lepra se originó en la India y fue llevada a Egipto por Alejandro Magno en su ya legendario viaje de exploración y conquista. Esto tiene sentido si analizamos la ruta de Alejandro desde Macedonia hasta la India y luego de regreso pasando por Egipto y por el Oriente próximo.⁶ Sea como fuere, en el siglo XX antes de Cristo, o sea hace 4,000 años, los egipcios probablemente ya habían observado algún caso aislado de lo que hoy conocemos como lepra.

Egipto era en esos tiempos casa de un pueblo errante, los judíos. Hay algunos registros que documentan que hasta 80,000 judíos de Egipto estaban infectados con lepra. Los judíos no sólo fueron en parte responsables de que la enfermedad se extendiera al huir de Egipto, sino que además, junto con los griegos y los árabes, crearon una de las mayores confusiones de la historia de la medicina. Para entender los acontecimientos que ayudaron a forjar el mito de la lepra como una enfermedad temida desde el punto de vista religioso, debemos primero revisar las descripciones de la enfermedad que hicieron estas tres culturas. Asimismo es importante conocer el nombre que cada una de ellas asignó a lo que hoy conocemos como lepra para comprender cómo una desafortunada serie de errores de traducción, a través de cuatro idiomas diferentes, llevaron a crear semejante laberinto médico.

Los hebreos contaban con una palabra que englobaba una serie de afecciones cutáneas que, en el marco religioso, representaban enfermedades "impuras" cuyos portadores debían ser alejados de la sociedad. Esta palabra era *tzaraat*. Al mismo tiempo, los griegos utilizaban la palabra "lepra", para referirse también a una gran variedad de enfermedades cutáneas (probablemente la psoriasis, el vitiligo y algunos casos de acné). La enfermedad que hoy conocemos como lepra, en cambio, era llamada "elefantiasis" por los griegos. No muy lejos de allí, en el mundo árabe, los destacados médicos del Islam habían descrito una enfermedad que ellos



llamaron *juzam* y que era el equivalente de la “elefantiasis” de los griegos, o sea la lepra de hoy en día.⁷

En el Viejo Testamento, libro sagrado de los hebreos, hay repetidas menciones, sobre todo en el Levítico, de la impura enfermedad (o enfermedades) conocida como *tzaraat*. Cuando los eruditos de Alejandría tradujeron el Viejo Testamento al griego, *tzaraat* fue traducida como “lepra”. Sin embargo, la medicina griega llegó al Occidente por medio de manuscritos arábigos y, cuando se tradujeron estos manuscritos al latín, la palabra arábiga que fue traducida como “lepra” no fue otra sino “juzam”, que era el término para definir la “elefantiasis” de los griegos. Esto propició que se estableciera una conexión que nunca debió haber existido entre la “lepra” de los latinos, el *juzam* de los árabes, la “lepra” de los griegos y el *tzaraat* de los hebreos. Aunque los médicos medievales conocían este error y se referían a la lepra como dos enfermedades distintas –la lepra de los árabes (o sea la lepra en sí) y la lepra de los griegos (o sea una serie de afecciones cutáneas diversas)–, esta diferencia poco importó debido al estigma religioso que se asoció con la enfermedad.⁷ Esta conexión errónea ayudó a que un padecimiento aparentemente poco importante como la lepra fuera relacionado con toda una serie de enfermedades que habían sido consideradas impuras por el libro sagrado de los hebreos (y de una gran mayoría de la población europea). En parte gracias a este error de traducción se inició la discriminación y el miedo hacia los enfermos de lepra que marcaría la historia de esta enfermedad.

LA LEPRA EN LA BIBLIA

La importancia de la Biblia en la sociedad medieval no puede relatarse con palabras ni medirse con números. Después de la desaparición del Imperio Romano, el cristianismo se apoderó de un mundo influenciado y débil que necesitaba desesperadamente algo en qué creer. Las ideas cristianas de salvación y perdón echaron raíces en este nuevo mundo, y llegaron a él en las hojas de la Biblia. Sobra por lo tanto decir que las ideas medievales sobre la lepra surgieron de los increíblemente erróneos preceptos bíblicos. La Biblia es, sin duda alguna, el libro en el que la lepra adquiere una mayor importancia histórica y social. Aunque, como ya se mencionó, es probable que la mayoría de los casos de lepra que se refieren en la Biblia no sean la lepra como la conocemos hoy, sino otras muchas

enfermedades dermatológicas, esto no afectó la repercusión de los escritos bíblicos en lo que a la lepra respecta.

Un ejemplo de esta equivocación diagnóstica la podemos encontrar en la historia de Naaman el leproso. En este pasaje bíblico se menciona que Naaman era “blanco como la nieve”.⁸ Esto hace muy poco probable que la enfermedad que lo afectaba fuera lepra, debido a que esta característica clínica no es propia de la enfermedad. Lo más factible es que la verdadera enfermedad de Naaman fuera vitiligo. Otros muchos errores pueden encontrarse, entre ellos la idea de que la lepra emblanquecía el cabello⁹ e incluso afectaba la ropa o las paredes¹⁰ (se ha pensado que esta “lepra de las paredes” es en realidad un hongo o quizás simple humedad).

En la Biblia la lepra no es considerada sólo como una enfermedad del cuerpo sino también como una enfermedad del alma. En este aspecto el término “leproso” no es dado sólo a aquellas personas cuya piel y cuyo cuerpo hubiesen sido destruidos, sino también a aquellas personas castigadas por Dios o apartadas y discriminadas por la sociedad.

El ejemplo bíblico más importante de la lepra como castigo es el del rey Ozías,¹¹ mientras que el de la lepra como discriminación lo encontramos en el libro del profeta Isaías.¹² En algunas traducciones de este libro se menciona que el enviado de Dios a la Tierra (o sea Jesucristo) sería considerado como un “leproso”, mientras que en otras sólo se habla de que sería humillado. Aunque Jesucristo no era clínicamente un leproso, sí causó tanto miedo y rechazo como si lo fuera en la sociedad a la que llegó. En este sentido, la lepra deja de ser una enfermedad para transformarse en un estigma social (aunque para algunas personas esta “lepra” de Jesucristo fue tomada como una señal de que los enfermos de lepra eran personas santas¹³). De hecho, según el Antiguo Testamento, los leprosos debían de ser excluidos de la sociedad y retirados de los asentamientos humanos para vivir aislados por el resto de su existencia.¹⁴

Aún más importante es el hecho de que los leprosos no pudieran ser curados. La palabra que se usa en los evangelios para referirse al acto en el que Jesús alivia a los leprosos de sus males no es curar, sino limpiar.¹⁵ Esto indica, sin lugar a dudas, que la lepra no era considerada como una enfermedad sino como un signo de impureza y de suciedad.

No es raro, por lo tanto, que la sociedad medieval odiara y temiera a los leprosos. Tampoco es raro que los leprosos fueran segregados y apartados de los asentamientos humanos y considerados muertos en vida. Con la Biblia y sus

enseñanzas como fondo histórico, se desarrollaron la vida y la muerte de los leprosos medievales.

DIAGNÓSTICO Y VIDA DEL LEPROSO

La vida de los leprosos en la Edad Media fue de sufrimiento y horror. Los preceptos religiosos concernientes a la enfermedad eran categóricos en cuanto al aislamiento y la segregación de los enfermos con lepra. Una prueba de ello es que a finales de esta era en Europa existían 18,000 leproserías en las distintas áreas endémicas.¹⁶

El procedimiento medieval en cuanto al diagnóstico e identificación de la lepra no distaba mucho de los conceptos levíticos. Cuando el paciente era diagnosticado como leproso ya fuera por el médico, por el sacerdote y, en algunos pueblos, incluso por el barbero, se emitía un decreto en el que se lo declaraba como leproso. Debido a las consecuencias sociales que esto podía ocasionar, el diagnóstico tenía que ser muy bien revisado y los síntomas correctamente descritos. El estándar de oro para el diagnóstico de la lepra era, según Gaddesden, la presencia de una destrucción masiva de la cara del paciente y sólo en la presencia de este signo se debía hacer la afirmación de que se trataba de un leproso.⁵ Sin embargo, y como lo prueban muchos registros, esto no se aplicó en la mayoría de los casos. De hecho, los diarios del Deán Muur, habitante de las Islas Aland entre Suecia y Finlandia y que son analizados y compilados por Richards en su libro *The Medieval Leper* indican que el mero rumor de que una persona tuviera lepra podía llevar a su reclusión en un hospital especial.

¿Por qué era tan importante el diagnóstico de lepra? La respuesta a esta pregunta se encuentra en las escrituras del Levítico. Y es que no sólo debía alejarse al leproso de la vida cotidiana y de la ciudad, sino que además perdía el derecho a compartir su cama con una mujer que no fuese su esposa o a vivir con individuos sanos. La lepra fue, además, desde el año 757 hasta finales del siglo XIV causa legal de divorcio y de pérdida de todos los bienes comunes.

Cuando la enfermedad era diagnosticada en un paciente, el sacerdote iba a su casa y lo llevaba a la iglesia entonando cánticos religiosos. Una vez en el templo, el sujeto se confesaba por última vez y se recostaba, como si estuviera muerto, sobre una sábana negra a escuchar misa. Terminada la homilía, se le llevaba a la puerta de la iglesia, donde el sacerdote hacía una pausa para señalar: "Ahora mueres para el mundo,



pero renaces para Dios". Luego se le recordaban las palabras del profeta Isaías, aquellas en que se establecía una relación entre Jesucristo y la lepra, para reconfortar al enfermo. Una vez dicho esto, se llevaba al doliente a los límites de la ciudad donde se le recitaban las prohibiciones: se le prohibía la entrada a iglesias, mercados, molinos o a cualquier reunión de personas; lavar sus manos o su ropa en cualquier arroyo; salir de su casa sin usar su traje de leproso; tocar con las manos las cosas que quisiera comprar; entrar en tabernas en busca de vino; tener relaciones sexuales excepto con su propia esposa; conversar con personas en los caminos a menos que se encontrara alejado de ellas; tocar las cuerdas y postes de los puentes a menos que se colocara unos guantes; acercarse a los niños y jóvenes; beber en cualquier compañía que no fuera aquella de los leprosos; caminar en la misma dirección que el viento por los caminos. Además, se le ordenaba que cuando muriese debía hacerse enterrar en su propia casa.

Una vez proferidas todas estas prohibiciones, se le daba al leproso su ajuar completo: una capucha de color café o gris, zapatos de piel, un par de castañuelas para avisar a la gente de su proximidad, una taza, un bastón, un par de sábanas, un cuchillo pequeño y un plato.¹⁷ El leproso, solo y desamparado, debía caminar hacia el campo abierto y asentar su morada alejado de todas aquellas personas que no habían sido castigadas con la lepra. Allí viviría y moriría, con suerte acompañado de su esposa (si es que ésta no pedía el divorcio), y nunca más podría presentarse en lugares públicos. En algunos lugares de Inglaterra incluso se creó el concepto de las "ventanas para leprosos". Estas ventanas, colocadas casi a ras del suelo en las paredes de las iglesias, permitían a los leprosos ver la misa desde afuera.

La creación de las leproserías promovió aún más la discriminación y el miedo hacia los leprosos. Aunque pueda parecer absurdo, el desarrollo de las leproserías tuvo un efecto negativo en los enfermos y en su evolución. Esto se debió, en gran parte, a que la sociedad de la época (y los mismos pacientes), llegaron a considerar a estos hospitales como cementerios para vivos. Puede imaginarse el efecto que tenía, sobre el paciente, el estar encerrado sabiendo que el único modo de salir era morir. Asimismo, el miedo que se tenía en la Edad Media a los leprosos y a la enfermedad (ser infectado significaba un encierro eterno) aumentó considerablemente. La construcción de leproserías tuvo un crecimiento exponen-

dont lune put estre sance si cū la bla
 Cete q̄ dont estre curer: d'nez ist esp
 le epoiniez d'nez leqr del malade si
 garrī si ebbe blanche en ist ne pot el
 che morphe fauef tel oingnetū pnez
 eozpient sil builliez cristal uete si



Médico examinando a un leproso. Ilustración de un manuscrito medieval que pertenece a la Universidad Trinity, Cambridge.

cial en la Europa medieval. Muchos de estos hospitales para leprosos se encontraban adosados a hospitales “normales” que se encargaban de todas las otras enfermedades. A estos establecimientos se les conoció también como lazaretos en honor a San Lázaro, el santo patrón de los leprosos. El origen de este santo y su relación con la lepra está, como el resto de la historia de esta enfermedad, plagado de confusiones. Al contrario de lo que se cree, el Lázaro de los leprosos no es el Lázaro al que Jesucristo levantó de la muerte, sino el mendigo cubierto de llagas de la parábola del hombre rico. Sin embargo, la relación se generó, y por lo tanto una gran cantidad de leproserías llevaron el nombre del Lázaro equivocado e incluso el de sus hermanas, Marta y Margarita.¹⁸

Es posible que la relación entre la lepra y la resurrección de Lázaro no sea un hecho fortuito. Siendo el perdón y la salvación dos conceptos muy arraigados en la religión católica, no es ilógico pensar que, en un intento religioso de “curar” la lepra, se haya recurrido a la búsqueda del arrepentimiento de los enfermos para darle fin a la enfermedad por medio de la indulgencia de Dios.

La orden de los caballeros de San Lázaro, que se separó de los caballeros hospitalarios, es otro claro ejemplo del culto a Lázaro. Esta orden, formada por cruzados escindidos de la orden de los Hospitalarios, se encargó de cuidar a los enfermos de lepra y de supervisar las leproserías. De hecho, muchos de sus caballeros estaban afectados por la enfermedad.

El aislamiento de los leprosos convirtió en realidad la idea de que la lepra fuera como una muerte en vida. Es posible que la existencia del leproso medieval se haya visto más afectada por los problemas psicológicos y sociales que por los problemas físicos que acarrearba su padecimiento.

TRATAMIENTOS MEDIEVALES CONTRA LA LEPRA

Quizás no haya en el extenso campo de la patología, enfermedad que haya sido objeto de tan frecuentes experiencias terapéuticas como la lepra. La historia de su tratamiento se ha dividido en tres periodos: incurabilidad, monoterapia y politerapia.¹⁹ Los tratamientos medievales contra la lepra caen en el primer periodo, debido a la incapacidad de los médicos de la época para obtener la curación o incluso la mejoría de los enfermos.

Los textos medievales que hablan sobre el diagnóstico de la lepra han sido ampliamente estudiados por su gran valor clínico e histórico. Sin embargo, aquellos libros que versan sobre el tratamiento de la enfermedad han sido poco analizados y en general han ocupado un lugar poco importante en el estudio de la lepra. Esto se debe, en gran parte, a que el tratamiento medieval contra la lepra no producía resultados benéficos. Aun cuando esto es cierto (la lepra fue incurable hasta el siglo XX con la llegada de los antibióticos), es muy interesante analizar la perspectiva que se tenía sobre la terapéutica de tan temida enfermedad.

Uno de los autores medievales que más testimonios dejó sobre el tratamiento de la lepra es Jordanus de Turre. En su libro *Tratado de los signos y tratamiento de los leprosos* y en sus *Notas sobre lepra*, Turre clasificó y analizó los diferentes tipos de lepra y sus tratamientos.²⁰

Siguiendo las directrices de Avicena y de Galeno, los médicos medievales (entre ellos el famoso Guy de Chauliac y el mismo Turre) identificaron cuatro etapas de la lepra: inicio, incremento, estado y declive, que siempre terminaban con la muerte del paciente. Tomando como base esta historia natural de la enfermedad, Turre resumió en tres los objetivos que debía tener un médico al tratar a un enfermo de lepra:

En el tratamiento de la lepra, los médicos comúnmente tienen tres objetivos: el primero es preservar a las personas predispuestas antes de que la enfermedad llegue; el segundo es curar a aquellos que



© Patricia Lagarde, de la serie *De la clasificación de los seres*.

sufren cuando ésta ha entrado pero no está confirmada; el tercero es paliar los daños una vez que ésta ha sido confirmada.²⁰

Los tratamientos que se recomendaron en la práctica médica medieval pueden separarse en dos grandes categorías: los médicos y los quirúrgicos. Entre los tratamientos quirúrgicos más utilizados se encontraban la aplicación de sanguijuelas, la cauterización y la flebotomía.²⁰ De éstos, el más usado fue la flebotomía, que consistía en el corte de grandes venas para “limpiar el hígado y el bazo” de la sangre impura del leproso. En muchos textos se llega incluso a la recomendación de preparar ungüentos con la propia sangre del leproso para que fuesen aplicados en sus heridas. Otros autores argumentan que, al ser la sangre del leproso sangre sucia, estos linimentos deberían ser elaborados con la sangre de personas jóvenes y sanas.²⁰

Entre los tratamientos médicos más bizarros mencionados en las obras de Turre se encuentra la carne de serpiente. Esta idea de que las serpientes podían ser utilizadas para el tratamiento de la enfermedad surge de las enseñanzas de Avicena y es reforzada por Galeno. Aunque se ha pensado que el fondo teórico de la utilización de las serpientes como tratamiento es la idea de que “un veneno expulsa a otro veneno”, esto se desmiente debido a la afirmación de Galeno de que era necesario retirar la cola y la cabeza de la serpiente porque contenían la ponzoña. Es probable que esta terapéutica fuera algo más simbólico, relacionando el cambio de piel de la serpiente con el cambio de piel que necesitaban los pacientes afectados con lepra.²⁰



Sin embargo, el enfoque durante el medioevo dado al tratamiento de la lepra fue muy parecido al tratamiento indiscriminado que se da hoy en día a muchas infecciones bacterianas. En las farmacopeas de la época se pueden encontrar, además de la carne de serpiente, otros 250 remedios para la lepra. Desafortunadamente el conocimiento médico de la época no permitía entender qué era la lepra y mucho menos curarla. De hecho, faltaban alrededor de quinientos años para que por fin se revelara el misterio detrás de la enfermedad, y otros cincuenta más para que dejara de ser incurable.

EL DECLIVE DE LA LEPRO EN EUROPA

Alrededor del año 1400, la “epidemia” de lepra desapareció de la mayor parte del continente europeo, concentrándose sólo en Noruega. Mientras la lepra se esfumaba de la mente de los europeos, nuevas enfermedades llegarían para tomar su lugar. A principios del siglo xv, Europa había crecido desproporcionadamente otra vez: la Edad Media dio paso al Renacimiento y las aldeas se transformaron en grandes, insalubres y hacinadas ciudades. Esto favoreció nuevamente la llegada de enfermedades de masas, como la tuberculosis y, otra vez, la peste.

Pero, ¿qué sucedió con la lepra? Arno Karlen expone dos teorías sobre la disminución de la enfermedad medieval por excelencia. La primera sostiene que los leprosos europeos fueron arrasados al inicio de la gran epidemia de peste debido a su debilidad inmunológica. La segunda, más interesante, establece una relación inversamente proporcional entre la lepra y la tuberculosis. Al aumentar la densidad de población, el más virulento y contagioso bacilo tuberculoso comenzó a extenderse en las ciudades. Actualmente sabemos que en algunos casos la infección tuberculosa puede propiciar cierta inmunidad contra *Mycobacterium leprae* y por lo tanto es posible que la tuberculosis haya “vacunado” a los europeos contra la lepra. Éste constituye un ejemplo de la competencia biológica de dos especies por sobrevivir en un medio hostil.²

CONCLUSIONES

En el umbral del tercer milenio los médicos y la sociedad siguen discriminando a aquellas personas portadoras de enfermedades que no pueden comprender en su totalidad. Las creencias reli-



giosos señalan y estigmatizan a individuos atacados por virus y bacterias que nada tienen que ver con el pecado. La actual epidemia de SIDA abunda en paralelismos con la lepra medieval: es incurable, causa temor y, sobre todo, genera discriminación. Está en manos de los médicos de hoy evitar que se generen situaciones que parezcan sacadas de historias de hace 500 años. Las enfermedades no son un castigo, no son una penitencia, ni son un producto del pecado. Debemos entender esto y hacer que los demás lo entiendan, y así nunca más tendremos que abandonar el camino para evitar a un enfermo.

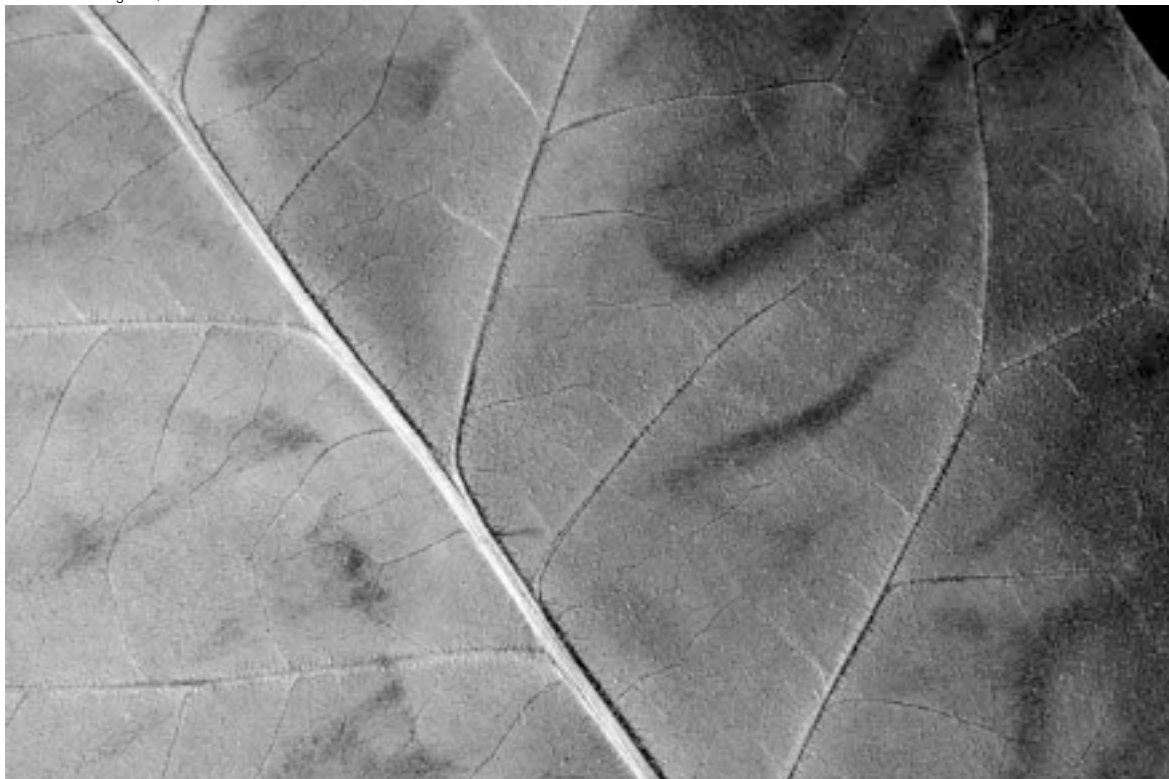
N O T A S

- ¹ London, J., Koolau the Leper en *To Build a Fire and other stories*, Bantam Classic and Loveswept, pp. 283-298, 1990.
- ² Karlen, A., *Man and Microbes: Disease and Plague in History and Modern Times*, Touchstone, primera edición, 1995.
- ³ Venita J., The Legacy of Armauer Hansen, *Archives of Pathology and Laboratory Medicine*, vol. 124, pp. 496-497, 1999.
- ⁴ Saúl, A., *Lecciones de Dermatología*, Méndez editores, décimocuarta edición, 2001.
- ⁵ Steger, J. W. y Barrett, T. L., Leprosy, en *Textbook of Military Medicine: Military Dermatology*, Office of the Surgeon General, Department of the Army, 1994.

- ⁶ Mark, S., Alexander the Great, Seafaring, and the Spread of Leprosy, *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, vol. 57, 3, pp. 285-311, 2002.
- ⁷ Richards, P., *The Medieval Leper and his northern heirs*, D. S. Brewer, 2000.
- ⁸ Libro Segundo de los Reyes 5:27, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ⁹ Levítico 13:10, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹⁰ Levítico 14:35-37, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹¹ Libro Segundo de las Crónicas 27:21, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹² Isaías 53:4, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹³ Farrell, J., *Invisible Enemies, Stories of Infectious Disease*, Farrar Stratus Giroux, primera edición, 1998.
- ¹⁴ Números 5:2, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹⁵ Evangelio según San Mateo 8:2, *Biblia de Jerusalén*, edición española, GRAFO, 1975.
- ¹⁶ Urbina Torrija, J. R., et. al., Epidemiología de la lepra a través de la frecuentación de el Hospital Especializado de Trillo durante el período 1943-1995, *Revista Española de Salud Pública*, 71 (5), 463-477, 1997.
- ¹⁷ La versión completa de esta misa y de los procedimientos para excluir a los leprosos de la sociedad medieval se puede encontrar en Richards, Peter, *The Medieval Leper and his Northern Heirs*, D. S. Brewer, 2000.
- ¹⁸ Neyra Ramírez, J., *Imágenes Históricas de la Medicina Peruana*, Fondo Editorial de la UNMSM, 1999.
- ¹⁹ De las Aguas, J. T., Historia de la Terapéutica de la Lepra, *Revista Internacional de Dermatología y Dermatocósmética*, pp. 117-124, marzo 2001.
- ²⁰ Demaitre, L. E., The Relevance of Futility: Jordanus de Turre on the Treatment of Leprosy, *Bulletin of the History of Medicine*, vol. 70.1, pp 25-61, 1996.

Enrique Soto Pérez de Celis es estudiante de la Facultad de Medicina de la BUAP.

© Patricia Lagarde, de la serie *Herbolaria*.



© Patricia Lagarde, de la serie *De la clasificación de los seres*.

